



PEDRO PABLO RUBENS.

Pedro Pablo Rubens nació el 28 de junio de 1577, en Amberes; murió el 30 de mayo de 1640 en Amberes. Donde quiera se vé la imagen de este pintor célebre y ha llegado á creerse que su gracia física y airoso exterior, han seducido el lapicero de los mas hábiles dibujantes, tanto como su reputación artística. Nacido de una familia noble, veinte años despues de la muerte de Carlos V, al salir de esa época brillante que tan bellas páginas dejó que escribir en la historia de la civilización, era uno de aquellos hombre de vida elegante y animada, que vivían en las cortes y conversaban con los reyes, llevaban con gracia la espada de guerrero, las plumas y bordados á la italiana, la barba á lo Francisco I., el airoso traje de español y la gorguera y capa corta. Un retrato como este es seductor para el hurf de los grabadores, que, por otra parte, le deben homenaje y reconocimiento; porque él fué el primero que les enseñó el arte de imprimir los colores valiéndose de tallas hábilmente combinadas; quien favoreció, educó y formó á Pontius, Frosterman y otros no menos célebres, grabando el mismo al agua fuerte. Pero no fué este su mérito particular entre todas las operaciones de su vida. Sigámonle desde el momento en que con su madre se despide de Colonia para volver á Amberes, patria de su familia. Reducido á la condición de page en casa de la condesa de Lalaing, se disgustó de la mala conducta de aquella muger, y al poco tiempo pasó á casa de Adam Van Port y á la de Van Veen, donde se entregó completamente al entretenimiento de hacer los dibujos, que fueron los juegos de su infancia. Aquella delicadeza de sentimientos que le hizo huir de la condesa de Lalaing, y que siempre tuvo cuidado de conservar, le adquirió el afecto y estimación de sus maestros. Estos le aconsejaron volver á Italia; y allí vemos á Rubens, despues de haber sido siete años page del duque de Mantua, visitar á Roma, Venecia y Génova; estudiando por todas partes los cuadros maestros de los grandes artistas, y dejando por do quiera algunas pruebas de su talento, cual si se hubiera inspirado sobre los rasgos de sus gloriosos predecesores, Ticiano y el Verones.

Hombre de la época, arriesgado, brillante é ingenioso, al mismo tiempo que grande artista, fué buscado por

los primeros personajes de su tiempo. Si el archiduque Alberto le recomienda al duque de Mantua, éste á su vez le envía con magníficos presentes á España, donde nuestro pintor estudió ese tono vigoroso y airoso, que caracteriza la escuela española, y de la que no parte colmado de honores y presentes hasta haber hecho el retrato de Felipe IV y de muchos grandes de su corte. Entonces en medio de su gloria naciente, es decir, en la mejor época de su vida, entre las comitivas ducales y los sucesos de todo género, es cuando recibe la noticia de que su madre se halla peligrosamente enferma; todo lo deja, se trasporta sin dilación á su lado y la encuentra muerta.

Dolorosamente afectado con esta pérdida pasa de la vida elegante á la vida ascética de un monasterio. Por espacio de cuatro meses permaneció en la abadía de San Miguel, y cuando llegó el tiempo de volver á Italia se dejó detener en Flandes por el archiduque, que le estimaba, y por su inclinación á Isabel Brant, entonces, para suplir los palacios de Italia, á los cuales renunciaba, construyó en Amberes, en medio de las casas semitóticas de sus conciudadanos, una magnífica habitación adornada en su interior de frescos, encerrando en ella una preciosa colección de medallas, de vasos, y sobre todo de bustos y cuadros. Desde aquí data la época en que su talento se fijó definitivamente. El triple gusto italiano, español y flamenco se sometió perfectamente á su pincel; hecho ya profesor, dió á la catedral de Amberes el célebre cuadro del *Descendimiento de la Cruz*, á los Jacobinos los cuatro *Evangelistas*, á la Iglesia de san Pedro de Colonia el *crucifijo de san Pedro*, despues al Museo de Paris una serie de veinte cuadros ó escenas de la *Vida de María de Médicis*, obras todas en que se combinan la enorgia y audacia vigorosa de Velazquez, la facilidad y brillante magia de la escuela italiana, y el carácter especial de la escuela flamenca, la riqueza y frescura del colorido, con la valentía vigorosa de los grupos. Allí es donde verdaderamente está el título de la gloria de Rubens y hacen notar sus apasionados la analogía del nombre (*Rubens*, palabra latina que significa ru-siente) con su genio de colorista. Seria no tener de su mérito mas que una idea imperfecta, si se le mirara solo co-

mo un gran pintor, igualmente dichoso en los asuntos de historia, el retrato, el paisaje de todo género, ó como un excelente grabador, sobre todo despues de la época en que hijó su residencia en Amberes, es cuando se desenvuelve toda la valiente actividad de su naturaleza privilegiada. Los pintores de paisajes, Breguel entre otros, le buscaban para que cubriera de figuras sus cuadros; los mas grandes historiadores, los poetas mas ilustres de todas las naciones sostuvieron correspondencia con él; el archiduque Alberto, en su lecho mortuario recomendó á su esposa Isabel á Rubens, consero excelente segun decia, en los negocios del estado; en 1625 el pintor diplomático entendió en negociaciones de paz entre España é Inglaterra, y los concluyó en 1630 con el canceller Cottignon, siendo creado caballero por Carlos I rey de Inglaterra. Esta rara y bella generalidad iba unida en él á una sencillez de buen gusto; descubriéndose el secreto de esta variedad de ocupaciones y sucesos que obtenia en todas cosas, en la razon natural, que lo aclara todo, en la regularidad activa que alarga la vida y puede dilatar el tiempo, fijando el empleo de las horas. Gracias á esta facultad, aquel hombre, ilustre pintor, pudo desplegar sus diversos talentos sin dejar de ser un gran artista. Sus cuadros atrevidos y brillantes como su vida, participando de España é Italia, son la expresion del genio belga de aquella época, genio mas sensual y mas profundo que delicado y esquisito. Rubens debió aquella feliz existencia, no solo á los dones naturales de que Dios le dotó, sino á la elevacion de sus sentimientos, á su actividad infatigable y arreglada. Cubierto de gloria y honores espiró apaciblemente en 1640 en Amberes, donde se vé hoy á la entrada su estatus de bronce. Sus cuadros están destinados á una larga existencia en la posteridad; aun deben transmitir por mucho tiempo á los artistas el glorioso nombre de Rubens, así como el retrato de su segunda muger, Helena Formann, á quien frecuentemente tomó para modelo de sus obras.

La lámina que encabeza este número, representa el instante en que Rubens, postrado en cama, recibidos los sacramentos, esperando la muerte con resignación y rodeado de su familia llorosa y atribulada, se despide de otro gran pintor su discípulo y su amigo, que ha llegado al finebre hecho á estrechar por última vez las manos de Rubens y á proporcionar á su maestro el consuelo de dedicar el último recuerdo á Van-Dik.

Recuerdos de la armada invencible.

Ha llegado á nuestras manos la siguiente carta en que se refieren las desgracias acaecidas á un capitán que formó parte de la famosa armada que en 1588 mandó aprestar Felipe II, á la cual se dio el pomposo nombre de invencible (1). La carta se dirige al gobernador de los Países Bajos, y está concebida en estos términos:

(1) Al hablar de la armada invencible, nos ha parecido oportuno dejar consignada en nuestro SEMANARIO un documento oficial que nos da razon de las naves y gente de que se componia. Dice así: «Relación sumaria de los navios que van en la felicísima armada que S. M. ha mandado en el rio y puerto de la ciudad de Lisboa, de que es capitán general el duque de Medina Sidonia, y la gente de guerra y mareante, artilleria y peloteria, municiones, bastimentos y otros pertrechos que lleva. Van en la dicha armada 130 navios en esta manera:

- 65 Galeones y naves gruesas.
- 95 Urças de 300 á 700 toneladas.
- 19 Pataches de 70 á 100 toneladas.
- 13 Zabras con dos gruesas, de la corona de Portugal.
- 4 Galeazas.
- 4 Galeras.

Total 130, que tienen de porte 37,866 toneladas. Asimismo van en la dicha armada 10 carayelas para el servicio de ella y 40 faluas. Los navios van armados con 2,431 piezas de artilleria; 1,497 de ellas de bronca de todos calibres: las restantes de hierro rodado. Gente que va en la armada:

- 16,973 Soldados castellanos.
- 2,000 Soldados portugueses.
- 424 Aventureros.
- 8,052 Gente de mar.
- 465 Criados de aventureros.
- 288 Entretenidos.
- 164 Criados suyos.
- 167 Gente de artilleria.

«Creo se admirará V. E. viendo esta carta, por la poca seguridad que se puede haber tenido de que yo soy vivo, y porque dello sea V. E. bien cierto, la escribo, y algo larga, porque hay harta causa para que lo sea, por los muy grandes trabajos é infortunios que por mí han pasado desde que salió la armada de Lisboa, de los cuales Nuestro Señor, por su bondad me ha librado; y porque no he hallado ocasion mas ha de un año para escribir á V. E. no lo he hecho hasta ahora que Dios me ha traído á estos estados de Flandes, donde llegué habré 12 dias con los españoles que escaparon de las naos que se perdieron en Irlanda, y Escocia y Setelanda que fuero mas de 20. las mayores de la armada, en las cuales venia mucha gente de infanteria muy lucida, muchos capitanes y alféreces, maeses de campo y otros oficiales de guerra, muchos caballeros y otros mayorazgos, de todos los cuales, que serian mas de 900, no se escaparon mas de cinco cabales, porque murieron ahogados; y los que nadando pudieron venir á tierra fueron hechos pedazos por mano de los ingleses, que de guarnicion están en el reino de Irlanda. Yo me escapé de la mar y de estos enemigos, por encomendarme muy de veras á Nuestro Señor y á la Virgen santísima, madre suya, con 300 y tantos soldados que tambien se supieron guardar y venir nadando á tierra, con los cuales pasé harta desventura, desnudo y descalzo todo el invierno; pasado mas de siete meses por montañas y bosques, entre salvajes, que lo son todos en aquellas partes de Irlanda donde nos perdimos, y porque me parece que no es bien dejar de contar á V. E., ni que se queden atras la sin razon, y tan grandes agravios que tan injustamente sin haber en mí falta de no haber ya hecho lo que me tocaba, me quisieron hacer los nuestros antes del naufragio por orden del de Medina Sidonia, de lo cual me libró Nuestro Señor: habiéndome condenado á muerte como V. E. habrá sabido, y tan afrentosa, y viendo el rigor con que se mandaba poner en ejecucion, pedí con mucho brio y cólera la causa por qué me hacian tan grande agravio y afrenta, habiendo yo servido al rey como buen soldado y leal vasallo en todas las ocasiones y encuentros que tuvimos con la armada del enemigo, de las cuales sabia siempre el galeon que yo llevaba muy mal tratado y muerta y herida mucha gente. Pedí, como digo, se me diese traslado deste mandamiento, y que se hiciese informacion con 350 hombres que habia en el galeon, y que si alguno me pusiese culpa me hiciesen cuartos; no me quisieron oír, ni á muchos caballeros que por mí intercedieron, respondiendome que el duque estaba en aquella sazón retirado y muy triste, y no quería que nadie le hablara, porque aun demas del ruin subceso que tuvo siempre con el enemigo aquel dia de mi trabajo, le dijeron que los dos galeones, San Mateo y San Felipe de los de Portugal en que iban los maeses de campo, don Francisco de

85 Empleados en el hospital.

180 Religiosos de todas ordenes.

22 Caballeros de la casa del Duque.

50 Criados de la misma casa.

47 Ministros y oficiales de la hacienda.

50 Criados suyos.

49 Ministros de justicia.

2,688 Empleados en servicio y defensa de los galeones.

La armada llevaba provisiones para seis meses, y era mandada en esta forma:

Duque de Medina Sidonia, capitán general.

Don Alonso Martinez de Leiva, capitán general de la caballeria del estado de Milan, su segundo.

Juan Martinez de Recalde, almirante de toda la armada.

Diego Flores de Valdés, general de los galeones de Castilla.

Don Pedro de Valdés, general de la armada de Andalucía.

Miguel de Oquenda, general de la armada de Guipuzcoa.

Martin de Bratendena, á cuyo cargo está la armada de naves de Levantisca.

Juan Gomez de Medina, que manda las urcas.

Don Hugo de Moncada, que manda las cuatro galeazas.

Diego de Medrano, á cuyo cargo van las cuatro galeras.

Don Antonio Hurtado de Mendoza, general de los pataches.

Rorto se ha divulgado por el mundo el desgraciado término de aquella famosa expedicion. Casi derrotada por los ingleses, preso Valdés, muertos algunos valerosos capitanes, incendiado el navio de Oquenda y dispersada luego por una horrorosa tempestad, caminó de derrota en derrota hasta que regresó á España el de Medina Sidonia con los restos de su potente quanto infeliz armada. Todavía se ignora la suerte que corrieron muchos de sus buques estroviados; por eso la carta que ocupa hoy las columnas de nuestro SEMANARIO sera leida con doble interés, si se atiende á que la casualidad nos ha proporcionado el gusto de ser los primeros en publicarla.

Toledo, hermano del conde de Orgaz, y don Diego Pimentel, hermano del marqués de Tabara, se quedaban perdidos en la mar, hechos pedazos y muerta casi la mas de la gente que traian, y á esta causa con el dicho se retenia el duque en su cámara, y los consejeros hacian sinrazones á diestro y á siniestro. Por emendar su abieso ó las vidas y honras de las que tenia culpa, y esto es cierto como lo sabe todo el mundo. El galeon San Pedro, en que yo venia, recibió mucho daño con muchas balas muy gruesas que el enemigo metió en él por muchas partes, y aunque se remediaban luego lo mejor que podian, no dejó de quedar algun balazo encubierto: de suerte que por allí hacia mucha agua, y despues del bravo combate que tuvimos en Cadiz, que duró desde la mañana hasta las 7 de la tarde, estaba ya el galeon muy mal parado. Por esta sola causa digo que el duque mandó que me quitasen la vida, pero el auditor, bien informado de mí, respondió al duque que sin que le mandase una orden por escrito no podia ejecutarse la sentencia. Yo envié tambien al duque un billete que le hizo pensar bien el negocio, y respondió al auditor no se ejecutase en mí aquella orden. Mostrome gran afeccion el auditor y rogó al duque me hiciese pasar á su nave, lo cual otorgáronme de buen grado, siendo desde aquel mismo instante muy grandes los peligros que me sobrevinieron, porque con un temporal se abrió de suerte la nave que se anegaba, no siendo bastante las bombas para agotar el agua que rebullia por todas partes. El duque ya no parecia: toda la armada iba desbaratada con el temporal, de suerte que unas naos fueron á Alemania, otras dieron en las costas de Holanda y Gelandia, otras en Setelanda y Escocia donde se perdieron y quemaron mas de veinte con la flor de la armada, pues los enemigos que sin descanso andaban á nuestro alcance, nos desbarataban á man salva, que era grandísima pena verlos acometer á una sola nao cuatro y hasta seis de sus mejores navios. La nao en que yo iba era levantisca, á la cual se juntaron otras dos muy grandes para socorrernos si pudiesen, en las cuales venia don Diego Enriquez, el corcobado, por mares de campo, y no pudiendo doblar el cabo de Clara en Irlanda, con otro temporal que sobrevino, cuando apenas habia calmado el primero, nos fué forzado venir á tierra con estas tres naos que, como digo, eran grandísimas, y dimos fondo, y saltando en tierra estuvimos cuatro dias sin resolver nada, ni aun lo sabian hacer, y al quinto, cuando ibamos á partir, vino tal temporal en travesía con mar por el cielo, de suerte que las amarras no pudieron tener, ni las velas servir, y fuimos á embestir con todas tres naos en una playa cercada de grandísimos peñascos, donde á poca chocando con las grandes puntas nuestras ya casi desbaratadas naos, en una hora se hicieron todas tres pedazos, de las cuales no se escaparon mas de 300 hombres, y se ahogaron mas de mil, y entre ellos mucha gente principal: capitanes, caballeros y otros entretenidos.

(Se continuará.)

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion.)

Despidiéronse con esto los caminantes, y el anciano y Mateo prosiguieron cavibajos su camino, no sin augurar tristísimos resultados de aquella gran peripecia de su vida. Al anochece de aquel mismo dia llegaron al pueblo que ocupaba el regimiento de Nicanor, y se alojaron en una posada inmediata á la del coronel, para poder espíar cómodamente cuantos soldados en ella entrarán.

Segun el plan formado por Jaime, al dia siguiente deberian presentarse al coronel para solicitarle les permitiese leer las listas de revista, y para provocar una especie de careo con la compañía de Nicanor, en el caso de que por las señas que le darian no le reconociera el gefe. Como el anciano no conocia al amante de su hija, y Mateo no recordaba sus facciones, por haberle visto pocas veces, y esas con disgusto, hallábanse embarazados sin saber sobre qué base segura podrian fundar su acusacion de rapto.

En estas imaginaciones los sorprendió al rayar el dia un gran rumor que así en la calle como en el meson se escuchaba, y conociendo que ya por ningun modo podrian con-

ciiliar el sueño, vistiéronse apresuradamente y salieron al corredor por donde tenian entrada todas las habitaciones del meson. Allí los admiró sobre manera el continuo tránsito de gente que, bullendo, gritando, llamando á los criados, y cuchicheando unos con otros en voz muy baja, corrían de aqui para allí, desahorados, empujándose, atropellándose, riendo y jurando como locos. En vano preguntaron á los dependientes de la casa de qué procedia aquel tumulto, pues imponiéndoles silencio con un ademán, corrían, sin contestarles, á sus quehaceres.

La mayor parte de la gente que allí habia eran oficiales, tanto del regimiento de Nicanor, como de otros que en el pueblo y en sus cercanías se hallaban, empleados que seguían al ejército, individuos del cuerpo de sanidad, y espasas de los gefes. Por la agitacion de sus semblantes y algunas palabras que pudo oírles Mateo, vinieron nuestros dos personajes en conocimiento de que un espía acababa de avisar que la faccion, considerablemente reforzada, pretendia entrar en el pueblo, y que algunos de sus mas influyentes vecinos la ayudaban. El coronel, en vista de la inferioridad numérica de su tropa, que le tenia desde algun tiempo encerrado en la poblacion, habia resuelto abandonarla en buen orden, para no verse obligado á trabar una lucha que de seguro seria fatal á las armas legitimistas.

El corredor que, en el momento de que hablamos, estaba tan concurrido, hallábase alumbrado únicamente por una lámpara colgada en el techo, cuya luz esparcía sobre los pálidos rostros de los circunstantes un reflejo opaco y sombrío que tenia algo de lugubre y de siniestro. Mateo y Jaime, que desde la puerta de su cuarto contemplaban aquella animada escena con la melancolia de su situacion y de sus pensamientos, no habian reparado en un soldado, que, oculto en un ángulo del corredor donde la luz era muy escasa, espíaba con la mayor atencion sus movimientos, y se impacientaba de que permaneciesen en aquel sitio.

Al cabo de algunos minutos la agitacion creció considerablemente por un toque de llamada que en la calle se dejó oír. El oscuro corredor apenas podia contener las personas que en él circulaban, y Mateo y Jaime se vieron precisados á retirarse un poco mas adentro de su habitacion. Entonces el soldado que al oír el toque manifestara la mayor desesperacion, abrió rápidamente una puerta que tras él se hallaba, y volvió á salir al momento, conduciendo de la mano á un granuja, vestido con una casaca militar, y llevando cubierto casi enteramente el rostro con una gorra de cuartel muy grande. Con acelerados pasos, y abriéndose á empujones camino, atravesaron por medio de la multitud, procurando cuidadosamente evitar las miradas de todos; pero al llegar en frente del cuarto de los viajeros que nos son conocidos, el baston de un ayudante, colocado debajo del brazo, tropezó con la gorra de cuartel del pobre granuja, y espuso á la admiracion de todos las circunstancias la cara mas linda del mundo.

Por una de aquellas casualidades que la fatalidad encadena á las mil maravillas, la luz de la lámpara, próxima á extinguirse, lanzó un reflejo vivísimo que alumbró de lleno aquella escena.

Entonces se oyó salir de un cuarto inmediato un grito penitente, y un hombre atravesó á saltos entre la multitud.

IV.

EL CORONEL.

Media hora despues de los sucesos que acabamos de referir, el coronel del regimiento de Nicanor se disponia á montar á caballo en la puerta de su casa, cuando le detuvo un grupo de hombres que en su busca venian.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó á dos de ellos que se separaron de los demás.

—Permitidnos que os hablemos un instante—le contestaron.

—Voy á partir....

—¡Oh! ¡por favor!... el tiempo vuela....

—Pero.... ¿qué ocurre?... me poneis en cuidado.... ¿Acaso la faccion?...

—¡Escuchadnos por el cielo!

El coronel sacó el pié del estribo, y entró con los dos hombres en el zaguan de la casa.

— Señores ¿qué es esto? — dijo al verlos: — ¡sudais!, os hallais agitados...

— ¡Justicia, mi coronel, justicia! — exclamó el mas anciano con esplosion. — Un soldado de vuestro regimiento...

— ¿Qué.... ha cometido algun?...?

— ¡Me ha robado mi hija!

— ¡Ja... ja... ja...

— ¡Cómo! ¿lo reis?...?

— ¿Pues no lo he de reir?...? Ella se habrá dejado robar, y quereis que yo enderece sus entretos!

— Pero, señor....

— Esto es muy comun en campaña.... Se roban gallinas y cosas de valor: ¿qué no se hará con las mugeres, de muy fáciles de dejarse robar?

— Pero mi honra, mi honra, — exclamó el anciano arrancándose los cabellos, — mi honra pisoteada asi por un villano ¿no merece que la autoridad me ayude? ¿no merece castigo tal acto de indisciplina? — ¡Y un coronel lo consiente, y se moja del que viene á implorarle!

— Acabemos: ¿cómo se llama ese soldado?

— Nicanor.

— ¿Su apellido?

— Lo ignoro.

— Pues entre los cien Nicanores que habrá en mi regimiento, elegid uno á quien colgueis el milagro.

— Yo lo conoceré

— ¿Con que le habeis visto?

— ¡Hace poco! en esa posada inmediata.... iba con mi hija....

— ¡Y le dejasteis escapar!

— Ese jóven le vió primero; pero á su corazon generoso y leal repugnaba la publicacion de mi deshonra.... No sabía que la esperaba una publicidad mayor!

— Va.... va.... ¡tantunas de viejo! Cuando ha estado vuestra hija cerca de vos, y su corazon no se lo ha anunciado, no la darán mucho placer las caricias paternales.

— ¡Me estais desgarrando el alma! — gritó el anciano sin poder refrenarse.

— ¡Ya es tarde para todo, amigo mio! El regimiento ha salido del pueblo, con que.... ¡Señores, á caballo!

Y diciendo y haciendo montó á caballo el coronel, y seguido de sus ordenanzas y de la plana mayor, se puso en marcha sin oír á Jaime que le decia á voz en grito:

— ¡Algun dia nos veremos! Entonces conocerás que la honra de un plebeyo navarro vale tanto como la de un rey, si los reyes son mas que los plebeyos!

Durante este coloquio Mateo habia permanecido cavibajo sin tomar en él la mas minima parte. Cuando el coronel desapareció, Jaime, enjugándose las lagrimas que de corage vertia, le dijo con amargura:

— ¿Ves? ¿ves? ¡todo es inutil! Si por tu sensibilidad de chiquillo no la hubieras dejado escapar, ya estaria en nuestro poder. — Y ahora ¿á quien recurrimos? Ese jovenzuelo engreido era nuestra última esperanza, y se ha burlado de nosotros.... — ¡Oh! si yo me hubiera hallado en tu lugar.... tenerla frente á frente y no....; voto á Cristo ¡me vuelvo loco!

El pueblo, que se habia agrupado en torno de la casa del coronel, bramaba de furor al enterarse del asunto por los dependientes de la posada. Si el regimiento y la demas tropa no hubieran salido de la poblacion mucho tiempo habia de seguro que la impolitica conducta del jefe hubiera dado lugar á un grave conflicto.

Mientras por un lado salian las tropas cristinas por el apuesto entraban las facciosas. En la misma casa donde habilitó el coronel que conocemos estableció su cuartel general el cabecilla que los mandaba. Enterado por los vecinos del pueblo adictos á su causa del suceso que habian motivado Jaime y Mateo, los mandó llamar, y concluyó con ellos una plática de mas de dos horas en estos terminos:

— ¡Con que estamos conformes?

— De todo, en todo — respondió Jaime, brotando fuego por los ojos.

— ¿Desde mañana?

— Desde mañana.

— Y por qué sin retribucion ni grados tan siquiera?

— Porque asi es nuestra voluntad.

— ¿Puedo participarle á mi jefe?

— Desde luego.

— Entonces.... hasta mañana.

— Hasta mañana.

Mateo apenas tomó parte en la conversacion, porque le repugnaba.

Al dia siguiente él y el anciano vestian el uniforme adoptado por los partidarios de Carlos Quinto.

V.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

El pueblo de... en Navarra habia sido ganado, perdido y recuperado muchas veces por la faccion. En esa lucha continua, en esa interminable guerra de montaña sostenida por el entusiasmo y el rencor de los partidos mas que por la razon lógica de las causas que unos y otros defendian, mil prodigios de valor, mil heroicidades dignas de los tiempos medios quedaron sepultadas en el olvido, porque nada nos parece grande sino lo pasado, y porque la ingratitude de los pueblos es siempre mayor que los servicios que sus hijos les prestan. Todas las guerras del mundo han tenido sus héroes; pero ninguna tantos como la que terminó en los campos de Vergara, aunque á decir verdad tampoco en ninguna han descollado tantas reputaciones ilegítimas ni tantas usurpadas glorias.

El pueblo de.... en particular, fué, durante mucho tiempo, testigo de uno de esos encarnizados combates en que no se sabe que admirar mas, si la constancia de los vencidos, ó el valor á toda prueba de los vencedores.

Situado en una eminencia á orillas de un riachuelo, dominando con sus baterias una esplanada por donde necesitaban transitar continuamente ambos ejércitos beligerantes y entricado con buenas fortificaciones por cuantos le habian dominado durante la guerra, en él se hallaban lijadas las mitedas de todos al comenzar el invierno de 183.... Por su posicion salubre y pintoresca, y por las abundantes municiones de boca que encerraba, le habian elegido los facciosos para uno de sus cuarteles de invierno, lo que sabido por sus contrarios los decidiera á disputarles tenazmente su posesion.

Cuarenta dias despues de los sucesos que referimos en el capítulo anterior las tropas carlistas ocupaban el pueblo, y las leales lo sitiaban. Aunque en mucho mayor número la situacion de estas era sumamente critica, porque acampaban en la llanura, á orillas del rio que mencionamos, y se veian espuestas sin reserva alguna á los tiros de las sitiados que las decimaban. El desaliento, pues, cundia en las filas cristinas y los jefes desconfiaban del buen éxito de su empresa. Nunca habian encontrado una resistencia tan temeraria, ni una ciencia militar tan profunda en sus adversarios. Mil hombres sin instruccion, y sin otros recursos que los naturales, mandados por un adalid hasta entonces desconocido, y que en pocos dias mereciera por sus hazañas el sobrenombre de *Terrible*, burlaban á cada paso á un ejercito respetabilísimo, guiado por generales espertos, que disponian de cuantos recursos pueden hacer triunfar una causa.

Tal era la situacion de ambas partes beligerantes en el momento en que anudamos el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Era de noche.

El fuego habia cesado instintivamente, como si unos y otros se aplazáran para una próxima lucha decisiva. Un espía, protegido del coronel que ya conocemos, le habia anunciado que los facciosos harian probablemente una salida aquella noche. El coronel lo puso en conocimiento de sus superiores y se redobló la vigilancia. Por esta causa le consigna de Nicanor que se hallaba de centinela avanzada á orillas del rio, era sobremanera rigurosa.

Como sucedia siempre, despues de haberse tocado á silencio en el campo, una porcion de soldados de la compania de Nicanor fueron á buscarle en su puesto, para que les contara una historia. Formaron un circulo alrededor de él, y le importunaban para que satisficiera sus deseos.

— ¿Estas disgustado, porque el servicio te priva del amor?... eh!.... — decian, viendo que se negaba.

— Marchaos de aquí, — les respondia Nicanor paseándose gravemente con el fusil al hombro; — mi consigna no permite que haya aquí nadie.

Pero tanto porfiaban los soldados que se dejó convenecer, y empezó á contarles, de pie, y con la barba apoyada en el cañon de su fusil, la historia de Bernardo del Car-

pio, esa epopeya de la edad media española, armonioso y valiente cuadro en que están bosquejados fielmente hasta los pensamientos de los hombres de toda una época.

Al punto llegaba con su narración en que el conde de Saldaña era arrebatado de la corte de Alfonso el Casto, y conducido á una prision donde debía perder los ojos, cuando en medio de los murmullos de impaciencia con que los soldados anunciaban su deseo de ver á Bernardo llegar en apoyo de su padre, oyóse en el silencio de la noche un débil rumor como de las olas del río sacudidas y cortadas por los remos de un barco.

Levantáronse al momento alarmados, y por entre las cañas que poblaban la orilla, á la sazón afumbrada de lleno por la luna, pudieron distinguir tres ó cuatro barquichuelos, que cargados de facciosos á sorprenderlos lentamente se encaminaban.

Su posición en un barranco elevado unos cinco pies sobre el nivel del río les permitía sabrosamente tomar todas las medidas que la urgencia del caso reclamaba. Los facciosos parecían componer un número como de cincuenta. Su primera barca había tocado en la orilla, y los otros iban á hacerlo muy en breve. Para llegar al campamento, después del desembarco, tenían precisamente que subir por una estrecha vereda, que, encajonada entre cañas, iba á parar al punto defendido por Nicanor y sus compañeros.

No debía, pues, perderse un instante.

Nicanor lo conoció con su acostumbrada perspicacia, y —No hay que moverse— dijo á sus compañeros.—Preparad las armas.

—Paréceme que deberíamos avisar....—replicó un temeroso.

—El que no sea para el caso—prosiguió Nicanor en voz baja, pero firme—puede largarse cuando quiera, y cuida-do que cuente alla arriba lo que pasa.

Nicanor hizoles ir arrastrándose por el suelo á esconderse entre las cañas de uno y otro lado de la vereda.

Cuando todos se hubieran colocado, los facciosos sin encontrar obstáculo de ningún género, acababan de desembarcar y empezaban á subir en silencio. Nicanor entre tanto permanecía apachado para no ser visto.

De repente, cuando llegaban á la mas escabrosa del cortísimo camino que tenían que andar, vieron levantarse en frente de ellos una columna armada, y oyeron una voz que gritaba fuertemente:

—¿Quién vive?

Y de ambos lados del camino partió una detonación horrorosa á llevar la muerte en las compactas filas de traidores. Los muertos rodaron hacia el río, arrastrando en su empuje á muchos vivos, y los que escaparon de las balas de aquel puñado de valientes arrojáronse á encontrarla mas segura en el seno de las ondas.

Con las noticias que habían recibido, alarmados el general y todo el ejército de oír tan de cerca las descargas, corrieron á las armas al punto. Al mismo tiempo vadearon el río un poco mas arriba de aquel lugar un gran número de ginetes facciosos. La lucha era inevitable.

El regimiento de Nicanor, con su coronel á la cabeza, salió al encuentro de los sitiados que inmediatamente volvieron á repasar el río. Aunque esta accion debería haber hecho desconfiar al jefe de sus intenciones, el ardor de sus años juveniles y el deseo de exterminarlos distinguiéndose, le cegaron hasta el punto de mandar á sus soldados que pasasen el río en su persecución. Así lo hicieron efectivamente, pero apenas pusieron el pié en la opuesta orilla, cargó de tal manera sobre ellos el ejército sitiador que los pocos que se salvaron lo debieron á la fuga.

Después de haberse batido como un león, el coronel, casi solo, y cercado de cadáveres, rompió su espada, y empuñando una pistola se decidió á entregarse ó á morir matando.

No le hizo esperar mucho tiempo la ocasión. Un ginete faccioso de aspecto marcial y cuya barba blanca le pareció haber visto alguna vez, separándose de sus compañeros, corrió á encontrarle, gritando:

—¡Al fin nos vemos!—La honra de un plebeyo navarro vale tanto como la de un rey, si los reyes son mas que los plebeyos.

Al verle llegar, los pocos ordenanzas que aun acompañaban al coronel se pusieron en precipitada fuga, gritando con terror:

—¡El Terrible! ¡el Terrible!

El coronel, hechando espuma de coraje, aguijoneó su caballo, y salió al encuentro del carlista; pero al afrontar con él se detuvo como aterrado.

—Ya estoy aquí!—murmuró el ginete.—Tú pudiste haberme devuelto mi hija, mas tuviste mi honra por cosa digna de menosprecio.—Pues bien, mi honra por tu vida.

Y á un mismo tiempo los dos adversarios amartillaron sus pistolas.

Los dos tiros salieron, y ambos rodaron por el suelo.

VI.

Fiebre.

A pesar de las pérdidas sufridas en aquella estaramuza, un ataque vigoroso hizo al día siguiente dueños de la población á los cristinos. Muchos facciosos quedaron prisioneros, y fueron metidos en capilla para ser fusilados inmediatamente. La vida del Terrible, ansiada por todos, no pudo sacrificarse en el altar de los vencedores, porque fué buscado en vano. Opinábase que se habria fugado con los que pudieron salir del pueblo.

Nicanor y el desconocido granuja, que gracias á hallarse aquel de centinela pudieron escapar de la muerte, se alojaron en una casa ruínosa, porque deseaban estar solos.

(El cronista á quien plagiamos pone en este lugar un largo discurso en que prueba con invencibles argumentos la superioridad del amor sobre todas las pasiones. Parécenos oportuno trasladar aquí su último párrafo, porque es un vivo retrato moral de nuestra heroína, y aun no hemos cumplido este deber de novelista con nuestros lectores).

Dice así el sargento:—

«Quien llegue á leer esta historia comprenderá desde luego que el granuja de que hablo era Lucia, Lucia, que fascinada por Nicanor no habia vacilado en seguirle al respirar su madre. No era culpable de que su corazón se hubiese arrastrado á este delito. ¿Qué vano moralista nosaría recriminarla por haberse lanzado en pos de la felicidad, de la felicidad, de esa quimera que todos buscan y á los veinte años? Tanto valdria impedir á las aves que avoláran, al torrente que talára los campos, á las flores que se abrieran á los primeros rayos del sol.... ¡Pero poner leyes á la naturaleza! ¿Como si la naturaleza se dejara dominar por la razon humana!—Lucia era un ángel; pero Dios la habia dado una materia que podia muy bien arrastar por el fango aquella alma de ángel. La obra de Dios se profana casi siempre durante su peregrinacion por la tierra. ¡Un espíritu tan purísimo encerrado en un ovaso tan débil!... ¡Pobre humanidad! ¡Pobre Lucia! Educada por su madre en las mas sanas ideas de moral cristiana, respetaba al anciano sin quererle, porque—como ya he dicho—el carácter de Jaime era duro y desagradado; imponia, pero desagradaba. Al verse en su juventud aislada por aquella terrible pérdida, su corazón, sediento de amor y henchido de ternura, necesitaba de otro corazón que participara de sus emociones. El de Manuel, que la voluntad de su padre le imponia, no la agradaba, á pesar del cariño y del buen natural del jóven. «Nicanor, si, porque....—pero ¿quién puede explicar el por qué de ciertas predilecciones femeninas?—Fáltame decir que al dejarse arrebatar por su pasión creía que era inocente como la paloma que huye del milano y se guarda en palomar amigo. Si alguna vez faltó á lo que su honor le exigia, el cielo disculpe la impetuosidad de su pasión, que ella y no el desenfreno lo motivaría.»

La casa ruínosa en que—según digimos,—se habían alojado los dos amantes, hallábase situada en una de las mejores calles de la población, y en ella habían tenido su cuartel general los facciosos, por cuya razon estaba acibillada por nuestros batallas. En una habitación cuya ventana daba á la calle, y sentados en una mesa cubierta de provisiones soldadescas varios militares comian y bebían alegremente. Entre ellos Nicanor y el granuja, que parecían hacer los honores de la mesa.

No hay como estar familiarizados con la muerte para no temerla. Aquella orgía improvisada, y tantas orgías como se improvisan en campaña sobre los mismos cadáveres de los amigos que acabamos de perder, son una prueba evidente de que el estoicismo es el valor del soldado.—¡Quién sabe si yo caeré luego!—dice viendo caer á uno á su lado.—Pero pasa aquella hora y se dá una lágrima á los muer-

tos y muchos brindis á los vivos, y del festin de carne se corre al festin de Baco.

Nicanor y Lucia habian tenido que acceder á los deseos de sus compañeros, y á pesar de la melancolía de sus imaginaciones, organizaron en su misma casa la *francochela*.

La conversacion giraba sobre la accion última, y Nicanor se veía abrumado de epigramas y de pullas, que casi siempre tenian por objeto á Lucia.

El vino empezó á trastornar tanto las cabezas que la jóven se hallaba incómoda en aquel sitio. Su corazon le auguraba algun desastre. Hacia muchas noches que el sueño luía de sus párpados, y una mortal angustia la devoraba.

—*De profundis clamavit ad te....*—esclamó de repente uno de los soldados, apurando una botella.

—¿Por qué dices eso con tono lúgubre?—le preguntó otro.

—¿Me acuerdo del coronel... tan jóven, tan valiente!...

—Es verdad... ¡Pobrecillo! Dices que le mató el Terrible... ese faccioso ó ese diablo que tanto nos ha perseguido.... En cambio él tambien murió, y me alegre....

—¿Con qué ha muerto el Terrible?...

—El coronel le mató... de un pistoletazo.

—¡Mentira!—esclamó detrás de ellos una voz ronca.

Volviéronse los soldados al oír esto, y vieron salir de una trampa oculta en el suelo en un rincon de la pared, un hombre alto, pálido como la muerte, y vestido de faccioso. Otro hombre, oculto aun dentro de la trampa, luchaba con él como para detenerle.

—¡El Terrible!—prorumpieron todos los soldados, apoderándose de sus armas.

Lucia le miraba de hito en hito con ojos de loca.

Nicanor tambien habia cogido su fusil. Dió un salto hácia atrás, y apuntó al reciénvenido.

Lucia cayó de rodillas delante de él.

—¿Es mi padre!... ¡es mi padre!—balbuceó.

Los soldados se miraban absortos. —El hombre que habia tratado de detener á Jaime lloraba sentado sobre la trampa.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—esclamaba la jóven sollozando.—Volverle á ver así... herido.... Esos ojos... esos ademanes de furor....—¡Padre mio!...

—¡Está loco!—añadían los soldados.

Y no se equivocaban: Jaime, recogido por Mateo despues de la lucha con el coronel, en que saliera herido, sufrió una fiebre cruel que habia trastornado su razon.

—¿Quién me quiere matar?—Dijo el Terrible, desabrochándose el pecho, que apareció destrozado por la bala del coronel.

Y luego, sacando una bolsa de cuero y arrojándola sobre la mesa, prosiguió:

—Dos mil duros están ahí.... el precio de mi vida.... ¿cuál de vosotros se quiere enriquecer con mi muerte?

Un silencio profundo le contestó.

—Somos enemigos.... os he hecho mucho daño.... entregadme á vuestros gefes, que os lo pagarán tambien.

—¡Padre mio!—esclamó la querida del soldado tendiéndole los brazos.

Jaime la rechazó, lanzando una carejada terrible.

—¡Tú mi hija! Ja... ja... ja... Yo no tengo ninguna hija.... porque los muertos no vuelven.... y Lucia murió ya para su padre.... mi corazon ha vestido ya luto por ella....

—¡Yo soy Lucia, yo soy vuestra hija!—gritó la jóven, temblando y desencajada.

—¡Ay! no renueves las llagas... ¡Qué delirio! ¡Tú Lucia! ¡tú... tú entre soldados....

Y volvió á rechazarla con desprecio.

La jóven cayó sobre una silla, abrumada y murmurando:

—¡Me rechaza! ¡me rechaza! ¡soy maldita del cielo! ¡maldita! ¡maldita!

El anciano se acercó á Nicanor.

—Te he buscado para matarte, y no te he podido encontrar.... vengate....

—¡Sálvale por Dios!—le dijo Lucia corriendo hácia él.

—Escuchad—murmuró al oído del Terrible Nicanor;—os vais á poder un traje mio.... os buscaré un caballo, y os acompañaré yo mismo....

Jaime hizo un gesto de desden, y volviéndose á los otros soldados:

—¿Me entregáis ó no?—les preguntó.

Los soldados permanecieron silenciosos.

—Pues yo quiero morir sea como sea.... La vida sin honra es peor que la muerte.

Y se lanzó á la puerta de la habitacion como un relámpago; pero Nicanor habia comprendido su idea y se interpuso, diciéndole:

—Tendréis que pasar por cima de mi cadáver.

Entonces el Terrible corrió á la ventana, y á pesar de cuantos detenerle quisieron, saltó á la calle gritando:

—¡Viva Carlos V!

Todos los soldados se lanzaron en su seguimiento, guiados por Nicanor.—Lucia cayó en medio de la sala de rodillas, y levantando las manos al cielo con ademán sublime de dolor.

VIII.

Desesperacion.

Lucia y el compañero del Terrible quedaron solos en el cuarto. Ambos murmuraban un rezo tiernísimo, porque ambos se hallaban en una de esas situaciones, en que el alma se eleva á Dios como su único consuelo.

La jóven se levantó vacilando y fué á sentarse en una silla junto al desconocido que permanecia con el rostro entre las manos.

—¿Por que ese delirio?—se preguntaba á sí misma creyendo que estaba sola.

—Por qué? por qué?—preguntáis...—respondió el jóven alzando la cabeza.

—¡Mateo! ¡Mateo!—gritó la jóven con voz moribunda.—Perdóname!

—Te he perdonado ya, Lucia;—repuso Mateo triste y dulcemente.—Ojalá te perdonára tu padre como yo te perdono!

—¿Qué dices ¡oh! qué dices? ¿No me perdonará?

—No lo espero.

—El cielo me favorezca.

—Tus amores han ocasionado su desventura. Por tí ha sido sanguinario hasta el extremo de matar á ese coronel de quien habrás oido hablar.... por tí ha hecho traicion á sus principios políticos.... por tí ha perdido la razon; por que tu padre está loco, Lucia,

—¡Calla! ¡calla por Dios!

—Yo le traje aquí en la imposibilidad de seguir á nuestros compañeros por su herida.... esa cueva es muy pequeña.... su lecho estaba al pie de la trampa, y ha oido la conversacion de los soldados... se ha empeñado en morir y morirá, porque la ley no perdona....

—¡Madre mia! ¡padre mia!—esclamó la jóven arrojándose....

—Pero aún hay mas.... su desgracia es mayor....

—¿Qué dices? ¡mas todavía!

—¿No recuerdas, desgraciada, no recuerdas haber oido hablar á Nicanor de un servicio que tiene que hacer dentro de una hora?

—¡Ah! ¡si!... ¡si!... el cielo es implacable! ¿Qué he hecho yo para espiarlo de este modo?...

—Tu amante va....

—¡Calla! ¡calla por Dios!... No pronuncies esa palabra terrible... ¡Padre mio!...

La jóven cayó desmayada en brazos de Mateo que la recibió con una sonrisa de gozo purísimo.

Cuando Nicanor volvió á saltar por la ventana empezaba á recobrar su conocimiento. Su antiguo amante la estrechaba con frenesí contra su corazon, y ella le contemplaba casi con deleite, murmurando:

—¡Mateo! ¡Mateo!—¡qué felices hubiéramos sido!

Nicanor, que no perdía uno de sus movimientos, aunque oculto de su vista, exclamó fuera de sí al escucharla:

—¿Conque este es Mateo? ¡este es tu prometido esposo!

Y arrancando de su cintura la bayoneta la clavó hasta el pomo en las espaldas del jóven navarro, que quedó muerto sobre la trampa sin exhalar siquiera un suspiro.

IX.

Años eternos!

Pocos momentos habian pasado. Los compañeros de Nicanor no habian vuelto á la casa. Este, arrojado en un rincon sobre una silla parecia poseído de la mas sincera de-

sesperacion, Lucia, en traje de muger, con un lio de ropa debajo del brazo, le miraba tristemente como compadeciéndole. Habia en sus dulcisimas y liernas miradas un no sé qué de resignacion sublime con las voluntades del cielo, una expresion tan casta y tan pura, que, al ver las huellas del dolor en su rostro, se la compadecia como á un angel caido.

Volvamos por un momento la vista á los sucesos que habian pasado fuera de allí.

El Terrible despues de que saltó á la calle, siguió gritando como un loco— ¡viva Carlos Quinto!— hasta que llegó á la plaza del pueblo, henchida á la sazón de gefes del partido cristino. Los soldados que le iban á los alcances, desesperando de detenerle, entraron por consejo de Nicanor en la plaza por otra boca— calle. Cuando sucedió esto ya el Terrible ocupaba la prision de los facciosos que iban á morir.

En seguida se reunió la junta de gefes que habia de juzgarle.

Nicanor consiguió de un asistente del general que le introdujera en parte donde pudiera oír cuanto se hablara en la junta. Oculto detras de una cortina escuchaba con el alma en los labios, sin respirar siquiera; pero de repente la cortina se agitó muchísimo, y se oyó un ligero ruido detras de ella.

Nicanor habia oido pronunciar una sentencia de muerte, que deberia ejecutarse al mismo tiempo que la de los otros facciosos metidos en capilla.

En el mismo instante fué llamado un sacerdote para auxiliar á Jaime.

¡No habia remedio en lo humano!

Renunciamos á pintar la explosión de los sentimientos de Nicanor cuando se acercaba á dar tan triste nueva á Lucia. No era un hombre era un autómeta el que saltó por la ventana, y el que asesinó á Mateo.

Despues un estupor profundo, una paralización completa de las funciones de todas las facultades intelectuales reemplazó en ambos al conocimiento de su situacion.

Convencida la joven por las incoherentes frases de Nicanor de la suerte de su padre, levantó los ojos al cielo, y se puso á rezar.—Su amante la contemplaba con amor unas veces y otras con una mal reprimida expresion de odio. Le parecia imposible que en tan supremo instante le hubiera olvidado; pero no debia dudar.... la halló en brazos de otro hombre.

Concluida la preza Lucia se levantó con dignidad, y entró en una habitacion inmediata, de donde salió despues de un momento vestida de muger; y tal como hemos dicho que estaba al comenzar este capitulo.

Los dos amantes se miraban sollozando, porque leian en el fondo de sus corazones.—Un toque de llamada los salvó de esta especie de marasmo.

—¡Gran Dios!—esclamó Lucia, viendo que Nicanor se apoderaba de su fusil;— ¡este golpe mas!

El fusil cayó á sus pies, arrojado por su querido.

La joven lo cogió, y al devolversele dijo:

—No faltes á tu obligacion por una muger que ya no te ama.

—¿No me amas?... ¡ah! ¿con que siempre me has engañado?

—¡Nunca! pero ya mi amor se aboga en sangre inocente.... estás empapado en sangre, Nicanor.

—¡Ay! ¿tanto como á tí me pesa! esta sangre me desvaneca!... ¡yo asesino! ¡yo!...

—Seria un sacrilegio mi amor, despues del sacrificio de mi padre.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del soldado.

—No culpo tus arrebatos—prosiguió la joven;— porque voy á consagrarme á Dios.

Un toque fúnebre se oyó muy de cerca.

—¡A Dios!—esclamó Lucia tendiendo los brazos á su amante que se lanzó en ellos.

—¡A Dios!—Acuérdate siempre de mí!

—¿Qué desgraciados somos! Un amor criminal que nació sobre el ataúd de mi madre, debía extinguirse sobre el cadalso del que me dió el ser....

Hubo un momento de silencio espantoso.

—¿Hasta cuando?—Esclamó Nicanor con ansiedad, viendo á Lucia dirigirse á la puerta.

La joven señaló el cielo con un ademán.

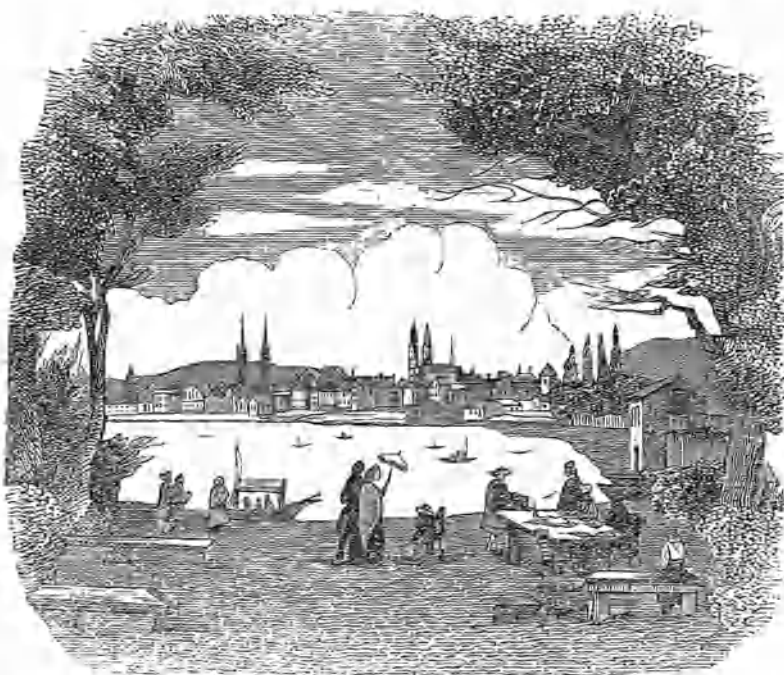
Nicanor se apoyó desvanecido en la pared, al mismo tiempo que pasaban por delante de su casa los reos entre una larga fila de soldados.

Uno de ellos contempló un instante la casa, y desatan-do una de sus manos, echó sobre ella su bendicion.

Era el Terrible.

(Así acaba el manuscrito de la *Querida del soldado*.)

VICENTE BARRANTES.



Ligera excursion por algunas ciudades de la Suiza moderna.

Teatro la Suiza de no lejanos acontecimientos políticos altamente dramáticos que tuvieron absorta por no corta espacio la universal atencion de la Europa; no creemos que

será del desagrado de nuestros lectores el practicar con nosotros una ligera excursion por el mencionado país; siquiera no sea mas que por reconocer la escena de tantos y tan importantes acontecimientos. Así que no vaya á creerse por ejemplo que *Lausana* sea una ciudad sombría, sepultada en el fondo de algun barranco, entre corpulentos árboles

negros y sombríos, y habitada por hombres muy poco civilizados. Muy lejos de esto, es una ciudad lindísima que contiene quince mil habitantes, y que ofrece á los extranjeros que concurren del lago de Génova, situado á alguna distancia, buenas posadas, tales como la del *León de oro*, y la del *Halcón*, nombres infinitamente mas salvajes que el país, y que por lo tanto, por muy cómodas que sean, se apresuran á salir de ellas los viajeros para visitar las curiosidades de la población y sus contornos, con lo cual no tendrán poco de que ocuparse. En efecto, por todas partes se hallan recuerdos, ó cuando menos construcciones, establecimientos nuevos altamente dignos de llamar la atención de los viajeros, que los franceses distinguen con el nombre de *Touristas*. Estos últimos hasta llegan á detenerse allí durante toda su vida, lo cual no es de extrañar en efecto, y mucho mas concretándonos á los ingleses, apasionados como nadie á viajar por Suiza, y que tienen una afición particular por Lausana. Muchos de ellos se han establecido en

la capital del canton de Vaud, y esto está acaeciendo ya desde bastante tiempo, puesto que la tumba de alguno de ellos ha llegado á convertirse en una curiosidad del país como, por ejemplo, la del inglés Cannig, trabajo ejecutado por el célebre Canova. Fuera de esto, contiene la ciudad en sí misma bastantes cosas dignas de ser visitadas: la casa de ayuntamiento, en la que se hallan espuestas á la curiosidad de los aficionados á formar colecciones: gran número de antigüedades; el arsenal, la escuela militar, el casino, la academia, que puede reclutar sus miembros en muchas sociedades literarias y artísticas del país; la biblioteca, poseedora de una colección de 9,378 medallas; el museo del canton, y lo que es menos célebre, muchas pensiones que han llegado á hacerse notables. No deben buscarse precipicios ni torrentes en Laubana, pero en cambio se hallarán ribazos cubiertos de viñas, y de los productos todos de una vejetación activa y lozana, que constituyen la riqueza del país mas que los rebaños y los productos de las



quejeras, recurso especial de las regiones montañosas. La naturaleza presenta en las cercanías paisajes deliciosos, en medio de los cuales se encuentran muchas veces altos nombres y grandes recuerdos. Tal, por ejemplo, descendiendo hácia la estremidad meridional del lago Léman, se halla en Coppet, la tumba del ministro Necker y la de madama Stael, pudiendo allí mismo verse su retrato pintado por David, y el busto salido de las manos de Tiel; después, de pronto en el sud-este, Ferney, pequeña colina eternizada por las huellas de Voltaire, pero aun se encuentra una cosa mas notable entre las dos aldeas en que vivieron el autor de *Méropé* y el de *Corina*, y es una piedra sepulcral romana, antigua y respetable, que hace fijarse al viajero esponiendo á su meditacion y á su contemplacion estas palabras:

Vixi ut vivis...

Yo vivía como tú...

El canton de Vaud, de que acabamos de hablar, ha sido formado, desmembrado el de Berna. No por eso ha dejado este de ser mucho mas grande y poderoso, no pudiendo ser comparado Lausana á Berna. Y ya que hablamos de esta ciudad, diremos que se halla á una jornada de distancia de distancia de Lausana que para ir á ella; se nos presenta en camino magnífico; por todas partes no se ven sino colinas pobladas de bosques, llanuras ferundas, altas montañas que prestan grandeza al paisaje, un país deliciosísimo: podemos avanzar hasta Berna. Sea en cualquier parte por donde entremos, por la de Aarborgo, en que se encuentra la casa de correccion, ó por la de Morat, encima de la cual se

orientan dos osos de magnitud colosal, esculpidos en granito por Abart, hallaremos calles rectas y espaciosas, exornadas de arcos y de tiendas lujosísimas, y lo que es mucho mejor aun, de una población alegre, franca, y por todas partes habitantes que os dan un *bonjour* francés mucho mas agradable que el *Guten morgen* alemán, los que conservan en la memoria el entrar en Berna todos sus recuerdos históricos miran con curiosidad aquella raza que ha llevado á cabo tan grandes cosas, los descendientes de aquellos berneses, que mandados por Erlach, fueron los héroes de las jornadas de Morgarten, de Surlfen y de Murten. Berna, en efecto, es quizá la representante mas digna de la confederacion suiza. Ciudad guerrera y emprendedora al propio tiempo que comercial é industrial, fué la segunda ciudad de la confederacion que ingresó en ella; democrática ó popular antes que todo, luchó con valentía en contra de los electores alemanes y los archiducos del imperio, convirtiéndose en refugio de todos cuantos huían de la opresion de la nobleza austriaca. Con el tiempo vino á menos; y después de tantos combates, conquistas y negociaciones felices, la arrebató un desmembramiento, la parte meridional del Canton. Pero aun en la actualidad tiene á su disposicion un gran poder, á ella es á donde se dirigen los plenipotenciarios y los encargados de negocios enviados por las cortes de Europa á la confederacion suiza.

(Concluid.)